

Una mujer sin piernas entra al bar en el que se desarrollará gran parte de la trama de esta narración. Se propone pedir limosna a los parroquianos y para ello viaja entre las mesas montada sobre un carrito de madera que arrastra una cuadrilla de enormes escarabajos peloteros. Estamos en Praga, o tal vez Londres, no lo sé, podría ser Buenos Aires, Castellón o Setagaya, cerca de Tokio, y no cambiaría gran cosa. La mujer sin piernas no logra obtener un solo peso, y mucho menos un euro, un marco o un yuan; el fracaso acentuará su depresión y la llevará al suicidio, pero eso es algo que ocurrirá fuera de estas páginas y, de todos modos, narrarlo nos sacaría del tono que pretendo imprimir a esta novela.

Un hombre robusto y maduro, de alrededor de sesenta años, con una poblada barba blanca que le cubre la mitad inferior del rostro, se echa hacia atrás para permitir que pase el carrito y hace crujir la silla.

—¿Esa es toda la historia, así termina, abruptamente?— pregunta.

—Sí... o no —responde el otro, un sujeto calvo, delgado y nervioso. Tiene los dientes carcomidos por el óxido y un aspecto general de suma dejadez—. Dependerá de lo que usted crea. ¿Le conté una historia real? ¿Una ficción? ¿Qué le parece? ¿Usted es un hombre crédulo o incrédulo?

La expresión del anciano de la barba blanca, dominada por unos ojos muy claros, casi infantiles, evidencia desconfianza, recelo, y una buena dosis de prejuicios que se fundamentan en la precaria presencia del otro y su sorpresiva aparición en el bar, en cierto modo fantasmal. Por un breve instante lamenta no haber paliado la desgracia de la mujer sin piernas con algunas monedas, pero es una ráfaga, algo fugaz, y su pensamiento deriva en otra dirección casi de inmediato.

—Todas las historias —dice el de barba—, en cuanto son contadas, se convierten en ficción. ¿Cómo saberlo, en este caso? Usted dice haber sido testigo de un hecho sorprendente, pero como yo no estuve allí, ¿qué importa? Por su misma naturaleza ya se ha convertido en una fábula. Lo único decididamente real es esto, este momento, ahora, aquí. Estamos en un bar. Hemos tomado café. Usted me ha contado la historia de la metamorfosis de un tal Gregor Samsa que se despertó una mañana, tras un mal dormir, y se encontró convertido en un insecto. ¡Absurdo! Pero ya que tenemos que matar el tiempo...

—Un monstruoso bicho, una alimaña —corrige el calvo, con malicia, y agrega—: ¿Pero usted está seguro de que lo que le narré es absurdo? Ni siquiera esto...

—Es lo que usted narró —dice el de barba, aira-

do, moviendo las manos como aspas de molino.

—¿Acaso usted puede tener acabada certeza de que esto es real, de que estamos en un bar, de que le he contado la historia de un tal Samsa que se despertó una mañana, tras un mal dormir, y se encontró convertido en un monstruoso insecto? No, no puede, ¿se da cuenta? Ni siquiera puede estar seguro de que seamos criaturas de existencia real, de que estemos aquí, en un bar de París, Viena o Moscú. Tal vez también usted, como Gregor, sueña, y su sueño consiste en que estamos en un bar y que yo le he contado la fantástica historia de la metamorfosis de Samsa. O peor aún, que es un ser soñado, una mera construcción de la mente del durmiente.

El anciano de barba entrelaza los dedos en los pelos del mentón y los retuerce hacia la derecha. Ha ganado batallas dialécticas más complejas que la presente. Pasea la vista por el bar y fija la mirada en la puerta, por la que se ha asomado un ser monstruoso semejante a un cangrejo rojo de casi dos metros de estatura. El cangrejo parece buscar a alguien en el interior del recinto, pero como no lo halla, se retira de inmediato.

—¿Lo ha visto?

—¿A quién?

—Al cangrejo.

—¿Usted tiene alucinaciones con frecuencia, señor?

—Tiene razón —dice finalmente el de barba—. Entonces no hay salida. No importa que pruebas proporcione: Samsa no existe más allá de su relato, de acuerdo; todo lo que vemos y sentimos podría ser el producto de una mente febril. Y tal vez nosotros mismos no seamos otra cosa que los personajes de un relato. ¿Qué queda? Sólo la aparición del tal Samsa en este lugar, en este preciso momento, podría verificar y dar entidad a su historia. De lo contrario su cuento, como los de las mil y una noches, como el Micromegas de Voltaire, como el Gargantúa de Rabelais, será una fantasía más.

—Se equivoca. Gregor Samsa existe en un libro, lo que en principio le proporciona una legitimidad concreta más allá de lo narrado. Pero ese libro se escribió después de su muerte de usted, mi buen amigo, lo que complica un poco el asunto, ¿no le parece?

—¿Qué dice?

—Lo que acaba de escuchar. —El calvo hace una pausa—. Cité a Gregor para que se haga presente en este lugar, en este bar, por lo que su posición quedará refutada dentro de... cinco minutos.

—¿De qué habla, se puede saber?

—Samsa —repite fastidiado el tipo de los dientes podridos— debería llegar dentro de unos cinco minutos aunque, a pesar de que lo conozco muy su-

perfidamente, se me ocurre que estará aquí antes de ese lapso. Tengo entendido que es un tipo obsesivo, y que no perdió sus mañas ni siquiera cuando se convirtió en insecto.

El hombre de barba mira inquieto hacia la puerta del bar. Aún cuando sabe que todo lo narrado por el otro es un embuste, urdido con el obvio propósito de timarlo, o en el mejor de los casos de ganar tiempo con un propósito ignoto, trata de imaginarse a una criatura del peso y la anchura de Gregor pasando a través de los batientes sin producir una conmoción entre los parroquianos. ¿Aceptarán sin más ni más que se trata de un ser humano convertido en un monstruoso insecto contra su voluntad? ¿No pondrán en evidencia la típica irracionalidad de la especie humana? Quizá algunos huirán cobardemente, reflexiona, y otros, aceptando que el cerebro reptil posee el inalienable derecho de tomar el control, se lanzarán sin piedad sobre Gregor para destrozarlo, tal como se procede con cucarachas y otros insectos semejantes. Mueve la cabeza para sacudir esos turbios pensamientos y contempla con fijeza los ojos del calvo que le ha contado la historia de la metamorfosis de Samsa. ¿Está obligado a creerle? El tipo, al que conoció apenas un par de horas atrás, le fue presentado por un oscuro abogado cuyo nombre era (y supone que sigue siendo) Franz Kafka. El motivo por el cual el calvo de los

dientes podridos conoce a Kafka es un misterio, pero tal vez están vinculados por unos engorrosos asuntos comerciales referidos a la edición de un libro, aunque el viejo de la barba blanca sigue ignorando quién es el autor del mismo, si el de los dientes oxidados, o el tal Kafka. Pero aquel hombre, Kafka, había tenido que retirarse de improviso, dejándolo a solas con el calvo, que bien puede ser un mentiroso, un embaucador, un pillo de poca monta sorprendido y acuciado por la casualidad del encuentro en el bar. De un modo u otro, no existe el menor indicio de que un enorme insecto con caparazón quitinoso y muchas patas, ridículamente pequeñas, tenga posibilidades de irrumpir en un bar frecuentado por seres humanos. Esto es Praga, o Viena o San Petersburgo, y estamos en 1872 o en 1880, reflexiona el hombre de la barba blanca sin demasiada convicción.

—Estamos en Praga, ¿verdad? —se anima a decir finalmente, en voz alta, aunque insegura.

—Por cierto —dice el otro—. ¿En qué otro lugar le gustaría estar?

—En Londres, cerca de mi casa, donde Jenny estará dándoles órdenes a los sirvientes para que tengan todo dispuesto para la cena.

—¿En que año?

—En 1872.

—El lugar es el correcto, pero la fecha no. Esta-

mos en 1965.

—¡Es imposible!

—Piense lo que quiera —dice el de los dientes podridos, de mal modo.

El de la barba blanca sacude la cabeza. Por el camino de la confrontación no se va a ninguna parte y tal vez sea mejor llevarle la corriente, reflexiona. —¿De dónde sacó la historia del monstruoso insecto de caparazón quitinosa? —dice.

—¿De dónde la saqué? —replica el calvo, francamente azorado—. Kafka me contó la mayor parte hace unas horas; él conoce bien a Gregor. Lo ha tratado antes, durante y después de la metamorfosis. Yo sólo lo vi dos o tres veces. Además, como ya le dije, Kafka escribió la historia de Samsa; está publicada en un libro.

—El fenómeno ocurrió hace poco más de un mes, ya está escrito y publicado en un libro... No se le escapa que es algo... irregular, fantástico. ¿Espera que también crea eso? ¿Me ha tomado por un imbécil? ¿Cree que yo he nacido ayer? ¿Cómo resolverá las incongruencias de su relato?

—Fantástico es todo lo que aún no ha ocurrido —se apresura a decir el calvo—, y todo lo que no ocurrirá jamás, lo que no significa que no podría llegar a ocurrir en un libro, por ejemplo. Pero también era fantástica la idea de que las luces de una habitación pudieran encenderse pulsando un interruptor, en

tiempos de faroles y velas, y ya no lo es. En su tiempo no es posible, pero en el mío sí. ¿Sabe de qué estoy hablando?

—No. Pero existe algo llamado lógica, racionalidad, sentido común —se encrespa el de barba sacudiendo la cabeza—. En mi mundo la gente no se transforma en insecto. ¿En el suyo sí?

—En mi mundo tampoco, pero en este mundo ficcional que habitamos, usted y yo, y también otros que irán apareciendo durante el desarrollo de la trama, sí —dice el calvo encogiéndose de hombros— y yo por lo menos puedo aceptarlo. ¿Además de vivir en tiempos diferentes, vivimos en universos diferentes, o sólo se trata de la dificultad personal de un hombre decrepito y acabado para aceptar lo que no entiende? Voy a terminar pensando que usted es un individuo bastante obtuso, a pesar de los títulos impresionantes que ostenta. O que dice ostentar.

El hombre de barba contempla al calvo durante algunos segundos con ojo crítico; la furia que se acumula en sus puños está a punto de hacerle cometer una tontería. Pero quiere la providencia, o el azar, que en ese mismo momento las puertas del bar se abran para dejar paso a Gregor Samsa, el viajante de comercio que se ha convertido en un monstruoso insecto.